

# DINAMITA DE WALL STREET

*La saga de Wall Street*

Nunca tuve miedo a los explosivos. Solo a las personas.

La dinamita, al menos, es honesta. Enciendes la mecha. Sabes que algo está a punto de desaparecer.

Las personas son distintas. Sonríen. Te estrechan la mano. Aplauden. Te felicitan.

Y luego pasan veinte años construyendo en silencio un campo de minas bajo tus pies.

Lo extraño es que nadie te enseña esto cuando eres joven.

Enseñan el esfuerzo. La disciplina. La paciencia. El sacrificio. Las virtudes sagradas de la civilización respetable.

Pero nadie te advierte que el mundo se sostiene sobre interpretaciones, no sobre hechos.

Un hombre triunfa. Diez personas lo llaman brillante.

El mismo hombre lo pierde todo. Las mismas diez personas descubren que siempre fue un fraude.

Nada cambió excepto la dirección del viento.

Aprendí muy tarde que la reputación se alquila. El carácter se posee.

La primera puede desaparecer antes del desayuno. El segundo sobrevive a la bancarrota.

La mayoría de la gente pasa toda su existencia protegiendo lo que pueden quitarle y descuidando lo que no.

Un modelo de negocio extraordinario si vendes ilusiones.

Una mañana te despiertas. No espiritualmente. No filosóficamente. Físicamente.

Te cepillas los dientes. Preparas café. Miras hacia afuera. Y de pronto toda la arquitectura cognitiva se derrumba.

No porque hayas descubierto una verdad nueva. Porque has dejado de creer en las viejas mentiras.

Los políticos permanecen. Los expertos permanecen. Las instituciones permanecen. Los profetas permanecen.

Los multimillonarios permanecen. La televisión permanece. Internet permanece. El mercado permanece.

Todo permanece. Excepto tu consentimiento para participar en la alucinación.

Ahí es cuando empiezan los problemas.

Porque la sociedad lo perdona todo. El fracaso. La deuda. El divorcio. La locura. Incluso el crimen.

Pero hay una cosa que nunca perdona fácilmente: a una persona que deja de necesitar permiso.

En el momento en que dejas de pedir validación, industrias enteras pierden un cliente.

En el momento en que dejas de pedir aprobación, jerarquías enteras pierden su propósito.

En el momento en que dejas de pedir identidad, tribus enteras pierden un recluta.

En ese punto la gente se pone nerviosa. Muy nerviosa. Porque la libertad es contagiosa. Mucho más contagiosa que el miedo.

Un hombre asustado crea a otro hombre asustado. Un hombre libre crea incertidumbre.

Nadie sabe qué hará a continuación un hombre libre. Ni siquiera el propio hombre libre. Especialmente él.

Por eso toda civilización prefiere en secreto a la gente predecible.

Consumidores predecibles. Votantes predecibles. Ejecutivos predecibles. Rebeldes predecibles. Revolucionarios predecibles.

Una revolución predecible es la inversión más segura jamás inventada.

La dinamita real es otra cosa. Es un pensamiento. Un único pensamiento.

Uno que entra en la mente y se niega a marcharse. Uno que hace una pregunta inaceptable.

Uno que hace que toda respuesta anterior parezca sospechosa.

Y una vez que ese pensamiento llega, no hay vuelta atrás.

El edificio puede seguir en pie. Los muebles pueden permanecer intactos. Los documentos pueden seguir ordenados en sus carpetas.

Pero los cimientos han desaparecido. La explosión ya había ocurrido. En silencio. Por dentro.

¿Y la parte más aterradora? Nadie la oyó, excepto tú.

*Ferdinando Frega*
*BLADEFREGA*
*DINAMITA*